

Banquetes y hambre en la Nueva España: la alimentación en el quinto sol (El viajero hambriento)

JOSÉ LUIS DE LA FUENTE

INTRODUCCIÓN: EL QUINTO SOL

La comprensión mítica del discurso histórico que se lleva a cabo en las crónicas de Indias conduce a la apropiación de la Historia y a su transformación en un producto literario. Para ello, en las crónicas de México se trazó un esquema mítico que alcanzó, en diferentes grados, a la mayor parte de las crónicas americanas que tocaron a su conquista. También ocurrió que las concepciones literarias de la Historia provenían desde pronto del mestizaje simbólico y mítico que desde los primeros tiempos se produjo en suelo mexicano. Así sucedió que el mito de los soles y el apocalipsis, o las plagas bíblicas judeocristianas y la tierra prometida, por ejemplo, llegaron a incorporarse a la nueva Historia del Nuevo Mundo, como se aprecia en fray Diego Durán, quien asume casi por completo los hechos narrados por el *Pentateuco* y los incorpora a la protohistoria mexicana, como el maná, el hambre y otras plagas¹. En este marco, la peregrinación de un pueblo —el español— hacia una tierra edénica viene precedida de constantes pruebas, de entre las que destaca el camino atestado de enemigos y de hambre. En una interesante estructura circular —de aspiración cíclica—, se muestra cómo, tras las guerras cruentas y el hambre, la tierra queda en paz y sus habitantes, aparentemente, en satisfactoria manutención. Sin embargo, una interpretación más social entendería que en el suelo mexicano nada ha cambiado: a los banquetes mexicanos prosiguen los novohispanos tras el paréntesis de la guerra y el hambre, pero continúan siendo las elites quienes saborean las comidas y se regocijan en las fiestas.

Según el mito nahua de las destrucciones de los cuatro soles, el pueblo mexicano aguardaba a que la civilización del quinto sol igualmente terminara, pero en esa ocasión el apocalipsis habrían de producirlo los terremotos². Los viejos códices reiteran que "en él habrá movimientos de tierra, / habrá hambre / y así pereceremos [...]. Es éste el quinto sol que se cimentó, / en él habrá movimientos de tierra, / en él habrá hambres"³.

1 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, II, México, Porrúa, 2ª ed., 1984, págs. 16-18. En el texto, se citará como [HNU], seguido de los números de páginas.

2 Alfonso Caso, *El pueblo del sol*, México, FCE, 6ª reimpr., 1985, pág. 32.

3 De los *Anales de Cuauhtitlán*. M. León-Portilla (ed.), *Cantos y crónicas del México antiguo*, Madrid, Historia 16, 1986, pág. 51.

Posiblemente el advenimiento del año «4. Temblor» se vinculó a la llegada de los españoles por los presagios y se sintió como el vaticinado apocalipsis. Éste provocó el cataclismo de la civilización que se había asentado sobre México-Tenochtitlán y había impuesto desde el seno de la Triple Alianza su poder en los contornos de la zona. Si comprendemos el temor apocalíptico tenochca y las ansias milenaristas de los «Doce» franciscanos que llegan en 1524 a la Nueva España y que tanto influyen en Hernán Cortés y sus hombres, no es de extrañar que del discurso del capitán extremeño, de Francisco López de Gómara o de Bernal Díaz del Castillo y de los cronistas seráficos, como fray Toribio de Benavente 'Motolinía', fray Bernardino de Sahagún o fray Jerónimo de Mendieta, emerja la imagen de una tierra assolada por las plagas y por el hambre que acompañan al fin de un mundo. Esta creencia era común a otros pueblos precolombinos, como se demuestra pronto en el texto de fray Ramón Pané sobre los taínos: "... llegaría al país una gente vestida que les dominaría y mataría, y se moriría de hambre"⁴. Este presagio, que se advierte común a otros pueblos conforme se lleva a cabo la penetración española, se transforma en el estructurador de las crónicas y el hambre se convierte en el detonante temido y la señal de la última catástrofe.

Por otra parte, la misma creencia indígena de que la hambruna de la década de 1450 había sido causada por el enojo de los dioses supuso la creación del rito de la "guerra florida" o *xochiyaoyotl*. Los monarcas de Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán, además de los señores de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula, idearon combates que permitieran la obtención de prisioneros para sacrificarlos y obsequiarlos a los dioses. Por esta razón, se procuraba que en la guerra no se produjeran bajas; aunque los textos hablan de caídos en las batallas precortesianas y en las entabladas contra los españoles, se procuraba capturar vivo al enemigo para así poder ofrecerlo a los dioses⁵. La política y la religión se unían en un rito. Este temor a un cataclismo provocado por los dioses resultará funesto cuando lleguen los españoles, pues la necesidad de la obtención de prisioneros vivos, en un principio, redujo los daños que su ejército infringía a un auténtico enemigo en una verdadera guerra⁶.

LOS BANQUETES PRECOLOMBINOS: LA COCINA DE MOCTEZUMA

La riqueza extraordinaria de la gastronomía prehispánica quedó anotada en los textos de los conquistadores y de los frailes españoles. Hernán Cortés subrayó los multitudinarios banquetes de Moctezuma incluso en los tiempos de la prisión del *tlatoani*: "... cuando menos con él iban pasaban de tres mill hombres que los más dellos eran señores y personas principales, y siempre les hacía muchos banquetes y fiestas que los que con él iban

4 "Relación de Fray Ramón acerca de las antigüedades de los indios, las cuales, con diligencia, como hombre que sabe el idioma de éstos, recogió por mandato del Almirante", en Hernando Colón, *Historia del Almirante*, Madrid, Historia 16, 3ª ed., 1985, pág. 223.

5 Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, FCE, 2ª ed., 13ª reimpr., 2001, pág. 107.

6 Véanse las razones de Tzvetan Todorov, en *La Conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1999, págs. 59 y ss.

tenían bien que contar"⁷. También describe la forma en que se disponían las comidas de Moctezuma, que eran servidas por trescientos o cuatrocientos mancebos con un ceremonial que sorprendió a Cortés [*CRE*, págs. 246-7]⁸ y a otros conquistadores como Bernal Díaz⁹ o Andrés de Tapia¹⁰.

Por su parte, la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún¹¹ anota los banquetes que celebraban los otomíes [*HGe*, pág. 602], detalla los convites succulentos que se preparaban en la fiesta de elección del nuevo *tlatoani* [*HGe*, pág. 474], y comenta los suntuosos banquetes que disponían los mercaderes nahuas [*HGe*, págs. 503-15]. Frente a la frugalidad de la dieta del pueblo llano, que apenas realizaba un par de comidas diarias, los banquetes de los mercaderes y los nobles podían durar toda la noche¹², para lo que se arreglaban provisiones cuantiosas que se acompañaban de cacao variado [*HGe*, pág. 465], tabaco, *octli* o pulque, *peyotl* (que provocaba extraordinarias alucinaciones), el *teonanacatl* u hongo divino, que emborrachaba y provocaba "visiones que los espatan" [*HCo*, pág. 308], y esclavos que se sacrificaban [*HGe*, pág. 514]. Éstos participaban en la ceremonia del *neyolmaxiltiliztli* o del apercebimiento, cuando los mercaderes cholultecas debían apercebirse de sí, después de alimentarle con abundancia, se entristecía ante la inminencia del sacrificio. Si así ocurría, le ofrecían la mezcla de cacao con la sangre de anteriores sacrificios, para que el brebaje pusiera fin a su tristeza, pues lo consideraban de mal agüero para los convidados al banquete. Mientras se guisaba al esclavo, se bailaba como saludo al ídolo¹³.

Más allá de la mera necesidad biológica, la importancia que había adquirido la alimentación se advierte igualmente en el hecho de que ya se había convertido en un negocio que Cortés recuerda al repasar la riqueza del mercado de Tlatelolco: "Hay casas donde dan de comer y beber por precio" [*CRE*, pág. 235]. También existían en el campo, al menos, unas llamadas «casas de placer», donde se ofrecían banquetes que servían con copiosidad los criados de Moctezuma —quien gustaba a menudo, incluso durante su cautiverio, de retirarse con sus más allegados a celebrar esos convites, a decir de Cortés [*CRE*, pág. 218]—, y donde a los comensales, añade Gómara, "aun les tenían mujeres" [*HCo*, pág. 96].

LA CONQUISTA ERA OTRA COSA: EL HAMBRE

Tras el cuarto sol llegó la destrucción del mundo previo: en el quinto aparecen unos nuevos dominadores, vaticinados por las profecías que confirman las plagas y el hambre.

⁷ *Cartas de relación*, Madrid, Castalia, 1993, pág. 218. Se citará en el texto como [*CRE*].

⁸ También lo anota Gómara en su *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa, 3ª ed., 1997, pág. 102. En adelante, [*HCo*].

⁹ *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Barcelona, Planeta, 1992, págs. 260-3. Se anotará como [*HVe*].

¹⁰ *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés...*, en VV. AA., *La conquista de Tenochtitlán*, Madrid, Historia 16, 1988, pág. 105.

¹¹ México, Porrúa, 10ª ed., 1999, págs. 463-465. Desde aquí, [*HGe*].

¹² Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas...*, ed. cit., pág. 157.

¹³ Agustín Yáñez (ed.), *Mitos indígenas*, México, UNAM, 3ª ed., 2ª reimpr., 1991, págs. 84-85. También en Durán, *Historia...*, ed. cit., pág. 64.

Posiblemente, para los españoles, convencidos del designio divino del imperio que estaban contribuyendo a formar, la llegada al Nuevo Mundo que Dios había puesto en sus manos exigía un esfuerzo que quedaría compensado con el hallazgo final de la "tierra prometida"; el hambre era un signo indudable de la penosa peregrinación precisada para la extensión de la fe y del imperio, pero no el único, pues, a semejanza de lo que relata el *Éxodo*, también se abatían sobre esas tierras diez plagas que enumera Motolinía¹⁴. Los españoles parecían el pueblo elegido atravesando el desierto en pos de una nueva tierra prometida.

Ese trayecto penoso se había iniciado en las Antillas¹⁵. Ya hacia 1495, en los tiempos del segundo viaje de Cristóbal Colón, los caciques taínos habían emprendido una persecución contra los españoles, que hambrientos deambulaban por la Española hurtando los alimentos a los indígenas. Por esta razón surgieron unos conflictos que refirió Bartolomé de las Casas¹⁶, todo ello a pesar de la abundancia de las tierras, como ponderó Colón¹⁷. El dominico había explicado de las Indias que por su fertilidad "nunca se vido en ella esterilidad, ni hambre, ni falta de los frutos de la tierra"¹⁸. Sin embargo, el hambre de indígenas y de españoles motivó los primeros y muy enconados enfrentamientos entre ambas partes¹⁹. Decenas de miles de nativos de La Española murieron de hambre cuando dejaron de sembrar y plantar para menoscabar las fuerzas españolas²⁰. De la misma forma ocurrió en los tiempos del tercer viaje colombino, hasta el punto de que el hambre se convirtió en un arma de guerra, pues los ciguaios dejaron de sembrar maíz para forzar la retirada de la isla a los españoles llegados a La Isabela, por lo que murieron más de cincuenta mil indígenas de hambre, según Gómara. Los españoles, desde su fortaleza de Cibao, también salían a sustraer alimentos a los indígenas. Asimismo, Gómara explicó que los españoles tomaron el color amarillo de esa situación extrema, "que les vino de comer culebras, lagartijas y otras muchas cosas malas y no acostumbradas, que comieron por no tener otras"²¹.

Cuando Hernán Cortés arribó a Tierra Firme en 1519, se abrió ante él y sus hombres un mundo vasto y complejo que superó las previsiones apuntadas en las «Instrucciones que dio el adelantado Diego Velázquez a Hernán Cortés...» en octubre de 1518. Las «Instrucciones» evidencian la aspiración de renovar el sueño colombino del acceso a Asia a través de las islas que se creía que poblaban el Atlántico y que respondían aún a las vie-

14 *Historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Castalia, 1991, págs. 116-124. Desde ahora, [HIn]. Como en tantas narraciones de antecedentes míticos, en la literatura universal las plagas vienen vinculadas al rito del sacrificio, se convierten en una metáfora de la violencia, amenazan la vida social imperante y vienen precedidas de un proceso de inversión. Véase René Girard, *Literatura, mimesis y antropología*, Barcelona, Gedisa, 2ª ed., 1997, págs. 143 y ss.

15 Véase la *Historia del Almirante de Hernando Colón*, ed. cit., pág. 193.

16 *Historia de las Indias*, lib. I, cap. C-CII, t. I, págs. 280 y ss.

17 «Relación del Segundo Viaje», en Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, ed. C. Varela, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1997, págs. 249-250.

18 *Apologética historia sumaria*, I, México, UNAM-IIIH, 1967, pág. 110.

19 Demetrio Ramos, en "Sobre el genocidio en Indias: el caso de la isla Española", en *Genocidio y conquista: viejos mitos que siguen en pie*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, págs. 25-26.

20 Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel, 1944, [lib. III, cap. II] pág. 45.

21 *Historia General de las Indias. I. Hispania Victrix*, Barcelona, Orbis, 1985, pág. 57.

jas ilusiones medievales. Una vez identificadas Antilla, Brasil o las Hespérides, entre otras, se halló Yucatán en los viajes de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva, y en su consecución partió Cortés desde Cuba. La referencia a las amazonas y a diversos monstruos²² parecían anticipar el paso a reinos fabulosos, de oro y de riquezas, que previeron Marco Polo, John de Mandeville y Cristóbal Colón. Sin embargo, por encima de las riquezas prometidas, que se vislumbran al final del camino, las penurias marcaron la ruta de los españoles, como se aprecia en los testimonios que han dejado los protagonistas. Por lo que se refiere a la marcha emprendida por Cortés, tanto en su camino hacia Tenochtitlán como en su posterior expedición a las Hibueras, el hambre es el enemigo que más estragos causa en su tropa y en sus aliados nativos. El mismo Cortés, Gómara y Bernal Díaz recuerdan los fallecidos a causa del hambre; la carencia de abastecimiento y los daños provocados por la necesidad ocupan buena parte de las narraciones de esos tiempos de descubrimientos y conquistas por el suelo novohispano. Como muestra, baste que Gómara apuntó al tratar de la batalla de Otumba que "no había español de que de hambre no pereciese" [*HCo*, pág. 158]. No obstante, el mismo Gómara decía que "la nación nuestra española sufre más hambre que otra ninguna" [*HCo*, págs. 158-9]. Curiosamente, de forma semejante opinaba entonces un italiano, Pedro Mártir de Anglería, quien al tratar de la conquista de México explicó: "Tantas desdichas, tantos peligros en los combates, hambres semejantes, creo que no pudiera aguantarlos nadie no siendo español"²³. También resulta asombrosa la argumentación de Diego Andrés Rocha, quien, en su denodado esfuerzo por demostrar que los españoles fueron los primeros pobladores de América en los tiempos posteriores al Diluvio —Tubal, nieto de Noé, es quien pobló España—, y que los indígenas del Nuevo Mundo descienden de progenie ibérica, afirma constituir una prueba que "los españoles son muy sufridores del hambre" y también "cuán sufridores son los indios del hambre"²⁴.

El hambre en Indias y en la Nueva España causó los estragos que han quedado reflejados en las crónicas del momento, tanto en las de los conquistadores como en las de los evangelizadores, desde el norte de la Nueva España, tal cual escribió Álvar Núñez Cabeza de Vaca²⁵, hasta Chile, como constataron Mariño de Lobera²⁶ y Alonso de Ercilla²⁷. Efectivamente, a menudo los cronistas de México insisten en el problema del hambre, que sufrieron los españoles en el mismo grado que los indígenas, lo cual se advierte especialmente en las primeras expediciones. Así lo muestran los textos de Cortés y Bernal Díaz en la ruta desde el Atlántico hasta la capital mexicana y desde aquí hasta las Hibueras. El mismo hambre y la pobreza los creyeron los franciscanos un signo inequívoco de que los indígenas y esas tierras suponían el tiempo y el lugar adecuados para cumplirse el "milenio" predicado por Joaquín de Fiore: el apocalipsis y la renovación por medio del regreso a la pobreza evangélica de la que trataron con profusión los textos de Motolinía y

22 *Documentos cortesianos*, I, ed. J. L. Martínez, México, UNAM-FCE, 1990, pág. 56.

23 *Décadas del Nuevo Mundo*, ed. cit., pág. 418.

24 *El origen de los indios*, Madrid, Historia 16, 1988, pág. 70.

25 *Naufragios* [XXII] Madrid, Alianza, 2001, pág. 132.

26 *Crónica del reino de Chile* [II, xviii], Madrid, Atlas, 1960, pág. 271 y ss.

27 *La Araucana*, Madrid, Cátedra, 1993, págs. 367-8 [XII, 26-27], 926 [XXXV, 36] y 936 [XXXVI, 9].

Mendieta, por ejemplo. Bernardino de Sahagún confirma en su *Historia general de las cosas de Nueva España* que "entonces había gran hambre; entonces el maíz en grano era muy costoso, había una gran necesidad". Ni los frailes franciscanos quedaron a salvo de esta calamidad. Así, fray Jerónimo de Mendieta recordó en su obra a fray Juan de Tecto, flamenco confesor de Carlos V. En la desafortunada y dramática marcha a las Hibueras que emprendió Cortés en 1525, escribe Mendieta, "faltaron los bastimentos de tal suerte, que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito Fr. Juan de Tecto"²⁸. Prueba de esta situación es que los viajes transatlánticos que zarpaban desde la Nueva España partían con escasas provisiones, a la inversa del abundante matolaje con que se disponían las travesías en sentido contrario²⁹.

Este tipo de situaciones calamitosas, de las que hablan humanistas como Gómara o Anglería, se hace evidente en las expediciones emprendidas por Cortés y queda más de manifiesto en un curioso y enigmático episodio de la marcha a las Hibueras. Efectivamente, la quinta de las *Cartas de relación* muestra el hambre que sufrieron Cortés y sus hombres, quienes llegaban a poblados abandonados en los que no quedaba ni aun maíz con el que paliar sus necesidades. Sin embargo, se había transportado una piara de cerdos que seguía a la tropa, como relata Cortés [*CR*e, pág. 586] y explica algo confusamente Bernal Díaz del Castillo, quien parece descargar la responsabilidad en su capitán:

Volvamos a nuestra relación, y diré cómo algunas personas me han preguntado que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo, por qué no comíamos la manada de los puercos que traían para Cortés, pues a la necesidad de hambre no hay ley; y viendo la hambre que había, que Cortés los había de mandar repartir por todos en tales tiempos. A esto digo que ya había echado fama uno que venía por despensero y mayordomo de Cortés, que se decía Guinea y era hombre doblado, y hacía en creyente que en los ríos al pasar dellos los habían comido tiburones y lagartos; y porque no los viésemos venían siempre cuatro jornadas atrás rezagados; y demás desto, para tantos soldados como éramos, para un día no había en todos ellos, y a esta causa no se comieron; y demás desto, para no enojar a Cortés.³⁰

Un bien tan necesario y escaso como la comida fue adquiriendo una relevancia extraordinaria a lo largo de los descubrimientos y en la estrategia militar de la conquista de la Nueva España, como puede advertirse en diferentes momentos que han transmitido los cronistas. Así, Gómara anota que con los nativos de Cozumel se inicia una amistad merced a las vituallas que presentan a los españoles, quienes a cambio ofrecen baratijas [*HCo*, pág. 21]. Después, en plenas hostilidades con los tlaxcaltecas, los españoles recibieron en su campamento a medio centenar de indios de Tlaxcala con presentes "de comida ordinaria" [*HCo*, pág. 76]. Éstos aprovechan la ocasión para espiar a los de Cortés, porque Xicotécatl aguardaba tras unos cerros la información oportuna para atacar por el lugar conveniente. Sabido el engaño por el capitán extremeño, cortó las manos a los emisarios tlaxcaltecas. Al ver después los suyos el castigo, "alejaron las vituallas que traían

²⁸ *Historia eclesiástica indiana* [lib. V, cap. XVII], II, Madrid, Atlas, 1973, pág. 154.

²⁹ José Luis Martínez, *Pasajeros de Indias: viajes transatlánticos en el siglo XVI*, México, Alianza, 1984, pág. 58.

³⁰ *Hve*, págs. 718-9.

para la hueste, porque no se aprovecharan dellas los adversarios" [*HCo*, pág. 77]. En esta escena vemos que el alimento se había convertido en un elemento clave de la estrategia militar y de las esperanzas de conquista de los españoles y de defensa del pueblo que se enfrentaba a las huestes de Cortés. Tiempo atrás, los mismos tlaxcaltecas habían utilizado esa necesidad para provocar otros conflictos. Así, en sus disputas con los de Huexotzinco, durante años los de Tlaxcala destruyeron los maizales de aquéllos, por lo que provocaron una hambruna terrible en sus adversarios, cuenta Tezozomoc³¹. Los huexotzincas recurrieron a Moctezuma de México-Tenochtitlán, ante quien lamentaron la hambruna y sus causas y solicitaron ayuda mexicana contra Tlaxcala, lo que Moctezuma dispuso de inmediato³². Estratagemas de este tipo aparecen en las leyendas fundacionales de los tlaxcaltecas y los cholultecas, pues cuenta fray Diego Durán que estos pueblos consiguieron vencer a los gigantes que dominaban la tierra a la que habían llegado tras su peregrinación desde Aztlán por medio del fingimiento de una paz: "después de haberlos asegurado y dándoles una solemne comida y hécholes un banquete, tenían puestra gente en celada [...] y dieron de improviso sobre ellos, que no quedó ninguno a vida" [*Hnu*, pág. 25].

También para Moctezuma la alimentación resultaba un factor esencial en la estrategia dialéctica previa al conflicto armado. Por esa razón, el *tlatoani* tenochca advirtió a Cortés que si se atrevía a llegar desde la costa hasta el valle lo que le esperaba era "padecer hambre, sed y otras necesidades destas" [*HCo*, pág. 44], porque "no tenía qué darnos de comer", añade Bernal Díaz [*HVe*, pág. 224]. De manera que el hambre se convirtió en el principal de los temores que Moctezuma quería infundir en los españoles para que desistieran de aproximarse a sus tierras. El mismo detalle de las descripciones y narraciones de López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo explica la trascendencia que se concedía a la alimentación en aquellas circunstancias, cuando, si se examinan los textos, se observa que superaba en importancia al oro, a las joyas e incluso a las distinguidas mantas indígenas que fascinaron a los cronistas. De hecho, en *La conquista de México*, Gómara había mostrado a un Cortés más preocupado por la comida que por el oro, pues cuando el capitán llegaba a las aldeas y las ciudades, él y sus hombres buscaban más alimento que metales; la comida, por tanto, parecía un mejor premio que el oro en esa coyuntura: si se mira con cuidado, las descripciones de los alimentos resultan más morosas y detalladas que las de las joyas de oro y piedras preciosas [*HCo*, pág. 43]. La segunda *carta de relación* de Cortés se detiene en la comida de Moctezuma; Gómara, en los presentes culinarios que el señor mexicana envía hasta la costa a los españoles desde el valle de México y otros puntos de aquellas tierras; Bernal Díaz, en los banquetes tenochcas y, más tarde, en los novohispanos.

La efectividad y la intencionalidad de la advertencia de Moctezuma a Cortés se entiende mejor si se comprenden las circunstancias del derrotero de los españoles. El mismo Cortés había comprobado que el hambre se había convertido en un enemigo feroz y las amenazas del señor tenochca debieron de reproducir en el capitán las imágenes de su marcha desde la costa, con hambre y sed, y en algunos pasajes con un tiempo incle-

31 Hernando de Alvarado Tezozomoc, *Crónica mexicana*, Madrid, Historia 16, 1997, pág. 413.

32 Hernando de Alvarado Tezozomoc, *Op. cit.*, págs. 415-416.

mente de agua y granizo [CRe, pág. 170]. No obstante, la estancia en ciudades como Tlaxcala, Cholula, Tezcoco y, finalmente, Tenochtitlán servía para recuperarse de esos estragos. Después de un camino tan severo resultaba doblemente explicable la admiración de Cortés en el pormenor de su paseo por el mercado de Tlatelolco; tras una enumeración prolongada, acaba por claudicar ante la riqueza de bienes que se agolpan ante sus ojos: "... son tantas y de tantas calidades que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber los nombres no las expreso" [CRe, pág. 236]. No menor asombro produjo en Bernal Díaz. Aunque su relación se efectúa desde la vejez, a muchos años de los hechos, el antiguo soldado presentiza el paseo por la plaza para aproximar la escena a los lectores, con quienes parece conversar y a quienes les va presentando los productos. También muestra sus limitaciones, que siempre en Bernal Díaz son signo del desajuste entre lo visto o vivido y su expresión escrita: "¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas..." [HVe, pág. 270]

Años después, en los tiempos del cerco de la ciudad, el mismo Hernán Cortés advirtió a los mexicas que morirían de hambre si perseveraban en mantenerse en la ciudad, si no la entregaban a los españoles [HVe, pág. 405]. El capitán era consciente del bloqueo hasta el punto de conocer que, para vencer a los mexicas de hambre y de sed, resultaba fundamental ganar el mercado de Tenochtitlán [HVe, pág. 392]. Éstos se mostraban orgullosos, amenazaban con que en caso de necesidad "de nosotros y de los de Tlascaltecal comerían", y arrojaban a los españoles unas tortas de maíz [HVe, pág. 342]. El hambre se convertía, por consiguiente, en un arma por ambas partes. El mismo Cortés cifró en ella la esperanza de su victoria y llegó a temerla más que a la guerra como causa de una posible derrota [HVe, pág. 276].

La importancia de la alimentación como arma de la conquista de Tenochtitlán resultó particularmente extraordinaria. Ya antes los mexicas habían utilizado la táctica de la asfixia por hambre contra los huastecos, por ejemplo, a quienes les exigían como tributo todo género de comidas junto a ropa y joyas y les quemaban sus sementeras [Hnu, pág. 168]. Cortés depositó en la ruptura del abastecimiento de alimentos a la isla la confianza en su victoria. La táctica se basaba en las experiencias que le proporcionaba la historia europea y seguramente cuanto había escuchado en tierra mexicana acerca de los estragos que en el pasado reciente había causado la destrucción de los sembradíos por parte de los pueblos de la región. Con su comprensión de la ciudad y tras su expulsión en la Noche Triste, ideó la forma en que podría controlar el aprovisionamiento de productos a la isla a través de las calzadas y así dominar la zona. Posiblemente advirtió que el sistema de *chinampas* había permitido ganar terreno al lago de Tezcoco, pero que, tal vez olvidadas las trágicas hambrunas de mediados del siglo anterior, últimamente habían sido destinadas más a la construcción de viviendas que a la agricultura, en previsión de la necesidad de una fortificación ante un presumible ataque exterior. La ciudad dependía absolutamente de la importación de productos de primera necesidad desde las orillas del lago, como explica Alonso de Zorita en su *Relación*³³, pero la política de Moctezuma con las *chi-*

³³ *Relación de los señores de la Nueva España*, Madrid, Historia 16, 1992, pág. 119.

nampas no solucionó esa dependencia y en cambio lo que se creyó el remedio ante una posible invasión se convirtió en la ruina de la ciudad. Al no poseer la isla unos campos para autoabastecerse de alimentos, el bloqueo planeado por Hernán Cortés por medio de los bergantines que ordenara construir se convirtió en un hecho crucial puesto que significó la interrupción del suministro de productos desde las orillas del lago³⁴.

La presencia de los bergantines significó el definitivo cese del suministro a la isla y, por tanto, la asfixia de la ciudad bloqueada. López de Gómara refirió que una noche dos mexicas huyeron desde Tenochtitlán al campamento de Cortés "de puro hambrientos" y contaron que su pueblo se moría de hambre. La desesperación empujaba a algunos a salir en la oscuridad a pescar y a coger hierbas y raíces para comer, con cuidado de no ser advertidos por los bergantines españoles [HCo, pág. 202]. Llegó el momento en que los mexicas, fundamentalmente mujeres y niños, se aventuraron a salir a la luz del día, lo que aprovecharon los españoles para realizar una terrible matanza de casi un millar de personas. El texto añade que, días después, los españoles contemplaban conmovidos las calles en las que se hacían los cadáveres y veían a algunos mexicas, extremadamente amarillos y delgados de cuerpo, roer los árboles. A Cortés le resultaba difícil evitar que sus aliados indígenas no emprendieran una represión brutal. Aunque dispuso españoles por cada calle para impedir en lo posible que los tlaxcaltecas, totonacas y otros nativos consumaran una masacre aun más cruenta con los mexicas que aún quedaban vivos, le resultó imposible, añade, detener a la muchedumbre ávida de sacrificios. La compasión de los españoles entonces había quedado manifiesta en la crónica de Gómara y en las cartas de Cortés. La admiración del extremeño y de los suyos, que veían cómo un pueblo se dejaba morir de hambre antes que entregar su ciudad al enemigo o ver a ésta en poder extranjero debieron de recordarles una tragedia similar en la Numancia peninsular. Al detenerse en el momento de la entrada en la ciudad de Tenochtitlán, la tercera *carta de relación* de Cortés retrata escenas dantescas de hambrientos y muertos por beber el agua salada del lago; de cuerpos amontonados y hediondos en las calles, pues no habían sido arrojados al agua para que los españoles no advirtieran desde sus bergantines la calamitosa situación en la que ya se encontraba el pueblo tenochca; y de señores que permanecieron ocultos para que no fuera advertida su delgadez y su derrota [CRe, págs. 425-6].

LAS SORPRESAS DE LA COMIDA INDÍGENA: DEL MAÍZ A LA ANTROPOFAGIA

Para las civilizaciones mesoamericanas, el alimento resultaba de una importancia también religiosa: ellos mismos fueron creados del maíz, como dictaba el *Popol-Vuh*, donde se recordaba que la carne del hombre había sido compuesta por mazorcas blancas y amarillas³⁵. En la Edad de Oro mesoamericana ubicada en Paxil se ponderaba la importancia de los deleites comestibles y éstos honraban las fiestas religiosas más importantes

34 José Luis de Rojas, *México Tenochtitlán en el siglo XVI: economía y sociedad*, México, Colegio de Michoacán-FCE, 1986, pág. 133.

35 *Popol-Vuh*, México, FCE, 21ª reimpr., 1990, págs. 103-104.

del calendario agrícola³⁶. Además, por lo que se refiere al valle de México, anotó Bernardino de Sahagún que "los mantenimientos corporales son la esperanza de todos los que viven para vivir" [*HGe*, pág. 344]. Por esta razón, los dioses principales del panteón mexica estaban vinculados a las diferentes actividades en torno a la producción, recolección y manipulación de frutos y alimentos, desde Chicomecóatl, diosa de los alimentos, primera mujer en hacer tortillas, hasta Tezcatlipoca, a quien se dedicaban las cosechas, cuyas fases habían sido protegidas por otros dioses³⁷. Así, alimentos como los tamales, el chocolate, el pulque y las palomitas de maíz se consideraban sagrados y acompañaban actividades y ritos religiosos. El mito contaba que el mismo Quetzalcóatl creó a los hombres y les proporcionó la comida, elaborada de maíz, traída desde la montaña de alimentos llamada Tamoanchan³⁸. Por ello, cuando llegaron los cronistas se asombraron de la alimentación y de la importancia del chile, por ejemplo, pero también de otras costumbres que consideraron sorprendentes, como, entre los mexicas, la práctica de la teofagia o hábito de ingerir pan sacramentalmente como si se tratara del cuerpo de Huitzilopochtli³⁹, cuya carne y cuyos huesos comía el pueblo todo con devoción, reverencia y lágrimas⁴⁰. Como en Occidente, la ingestión del pan significaba la comunión con Dios⁴¹. Manuel Orozco y Berra explica que esa práctica respondía a un ritual exclusivamente religioso: "los mexica, en virtud de la transmutación, comían la carne de la víctima [...] porque era una sustancia santa"⁴².

El auge del estado mexica iniciado por Tlacaélel (1410-1484) merced al desarrollo de la agricultura y al tributo de los pueblos vecinos exigió una justificación teológica que animara al pueblo tenochca a la guerra constante. La necesidad de vivificar la energía solar por medio de la sangre de los enemigos servía para mantener al pueblo en un combate permanente⁴³. La creación del sol que decidieron los dioses tras la cuarta destrucción requería verter sangre para liberar las fuerzas de la vida que contenía el astro⁴⁴. Por tanto, se precisaba de sangre para el sol y de éste para la vida en la tierra y la agricultura; la "guerra florida" era el medio adecuado para que los guerreros —ya no los sacerdotes— proporcionaran vitalidad a la estrella por medio de la captura de enemigos para ofrecer en sacrificio. El rito significaba la posibilidad de economizar las energías del sol porque la sociedad ofrecía periódicamente a éste la energía de los sacrificados⁴⁵, mayoritariamente en la época de las cosechas, y no en los tiempos de escasez. Bien es cierto que la necesidad de la antropofagia pudo deberse al agotamiento de proteína animal debido a un exagerado aumento de la población en el valle de México, donde acabaron por extinguirse

36 Marco Buenrostro y Cristina Barros, *La cocina prehispánica*, México, Conaculta, 2001, pág. 7.

37 Véase *La cocina prehispánica*, ed. cit., págs. 8-9.

38 Gordon Brotherston, *La América indígena en su literatura: los libros del cuarto mundo*, México, FCE, 1997, pág. 345.

39 James G. Frazer, *La rama dorada: magia y religión*, México, FCE, 10ª reimpr., 1998, pág. 554.

40 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Historia 16, 1987, pág. 364.

41 Maguelonne Tousaint-Samat, *Historia natural y moral de los alimentos*, 3, Madrid, Alianza, 1991, págs. 46-47.

42 *Historia antigua y de la conquista de México*, I, México, Porrúa, 2ª ed., 1978, pág. 166.

43 Raúl Fuentes Aguilar, *De la guerra Florida al combate de flores*, México, Edamex, 1994, págs. 22-23.

44 Jacques Soustelle, *El universo de los aztecas*, México, FCE, 6ª reimpr., 1996, pág. 106.

45 Christian Duverger, *La flor letal: economía del sacrificio azteca*, México, FCE, 1983, pág. 116.

los herbívoros domesticables⁴⁶. Gómara ya comentó que les faltaba carne para su alimentación [HCo, págs. 307 y 329] y que, por ello, "pocas cosas vivas dejan de comer" [HCo, pág. 115]. Asimismo, cuando Cortés detalló las mercancías del mercado de Tlatelolco y se detuvo en los animales comestibles, sólo anotó conejos y liebres, aves diversas, venados y perros pequeños [CRe, pág. 235]. En cambio, Pedro Castañeda anotó en su *Relación de la Jornada de Cibola* que más al norte los apaches cazaban a los bisontes que perseguían y comían su carne y su sangre, por lo que "no comen carne humana"⁴⁷. De modo que tal vez aquella escasez que refieren las crónicas pudo resultar la razón de la particular conservación de la antropofagia mexica y su conversión en una necesidad político-militar de profundas implicaciones religiosas⁴⁸. Así lo confirma Cortés en las *Cartas de relación* en el momento en que derrocó los ídolos mexicas y los sustituyó por imágenes cristianas. Un acto semejante fue lamentado por los indígenas porque "tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales y que dejándolos maltratar, se enojarían y no les darían nada y les secarían los frutos de la tierra y muriría la gente de hambre" [CRe, pág. 239]. Curiosamente, poco después, al ser reemplazados esos dioses, el hambre se abatió sobre la ciudad de los mexicas.

Por otra parte, el llamado «canibalismo bélico» era sólo practicado sobre enemigos y extranjeros⁴⁹. Gómara afirmó que los "mexicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos como algunos piensan; que si la comieran, no murieran ansí de hambre" [HCo, pág. 206]. Lo mismo añade Bernal Díaz, quien afirma que el canibalismo era practicado sólo con sus enemigos, porque si no hubiera sido así no tenía sentido que ese pueblo "sufriese tanta hambre y sed" [HVe, pág. 574]. Esas prácticas terminaron por menoscabar el poderío mexica y provocar las alianzas que acabaron con su hegemonía cuando llegaron los españoles. Las crónicas explican que el «canibalismo bélico» no sólo venía motivado por el hecho de que creyeran que la carne y la sangre humanas fueran los alimentos de los dioses, sino también porque permitía el intercambio social de las elites, pues el cadáver era ofrecido en un festín por el propietario al que había sido asignado el cuerpo. El señor lo presentaba a sus invitados⁵⁰, nobles y miembros de la élite sacerdotal y guerrera, para quienes el estado fomentaba esas prácticas caníbales cuya disposición y asignación a los sacerdotes refirió Gómara [HCo, pág. 315]. La persistencia en el canibalismo, opina Harris, se debió a que beneficiaba a las elites, pues si se hubiera suprimido, habría disminuido la riqueza y el poder de estas clases [HVe, pág. 253]. Al mismo tiempo, perjudicó extraordinariamente a los estados de la confederación mexica, pues impidió la constitución de un imperio por medio de los pueblos conquistados. Al ser éstos sacrificados y devorados, el sistema de señoríos prevalecía y los vínculos de unión resultaban escasísimos. Esto permitió la posterior alianza de algunos pueblos con las tropas españolas en la conquista de Tenochtitlán. Sin embargo, Ortiz de Montellano consideraba, como

46 "The Ecological Basis of Aztec Sacrifice", *American Ethnologist*, 4, 1977, págs. 117-135.

47 En *Las siete ciudades de Cibola*, Sevilla, Alfar, 1992, pág. 127.

48 Véase Marvin Harris, *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 3ª reimpr., 2001, pág. 369.

49 Marvin Harris, *Bueno para comer: enigmas de alimentación y cultura*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 228.

50 Orozco y Berra, *Op. cit.*, pág. 250.

se dijo, que el canibalismo era una cuestión meramente ritual, pues los sacrificios se realizaban en la estación seca, cuando se efectuaba la cosecha, y no en la de lluvias, cuando ocurrían las hambres invernales. Efectivamente, algunos estudiosos de la alimentación consideran que la dieta del centro de México estaba perfectamente balanceada y que los casos de hambrunas eran muy localizados en zonas pequeñas y concretas⁵¹, a excepción de la ocurrida entre 1450 y 1455. En cambio, otros opinan lo contrario y las crónicas de Indias no dejan de mencionar, una y otra vez, el hambre que sufrían españoles y nativos. Así, la hambruna de 1554 resultó cruenta para la ciudad de Tenochtitlán. La prolongada sequía se interpretó como una plaga del cielo, recuerda Tezozomoc⁵². Entonces Tlacaelel aconsejó a Moctezuma I que el hambre que asolaba la ciudad con enfermedades y muerte había de ser paliada con la llegada de tributos de maíz, en tamales, pan y atole, desde las provincias, "para que no se acabase de despoblar la ciudad", recuerda fray Diego Durán [*Hnu*, pág. 242]. Un año después, la situación resultaba aun peor y ya no quedaban reservas; entonces, Moctezuma dispuso un último banquete con todo el maíz y las semillas que quedaban y exhortó a los suyos de esta forma: «... cada uno vaya a buscar su remedio» [*Hnu*, pág. 243]. Sus conciudadanos comenzaron a vender a sus hijos e hijas para comprar maíz (cada niño costaba un pequeño cestillo del cereal) y sus tradicionales enemigos se vengaron comprando esclavos mexicas a bajo precio en Tenochtitlán, Tezcoco, Xochimilco, Chalco y Tepaneca, entre otras, de modo que los habitantes de estas ciudades que sobrevivieron a la marcha permanecieron como esclavos que trabajaron en el campo o como *tamemes*.

POR FIN, EL REGRESO A LOS BANQUETES

Después de la toma de Tenochtitlán, el hambre asoló las tierras mexicanas porque lo que sembraban los españoles lo devastaban los mexicas y a la inversa, según cuenta Motolinía, quien insiste en que esta tercera plaga supuso para españoles y nativos una carestía del maíz de lamentables consecuencias [*HIn*, pág. 119]. Pero, una vez acabadas las guerras, la agricultura se recuperó con la realización de importantes planes que dispuso Cortés en sus «Ordenanzas». Si se atiende a la obra de Bernal Díaz y a la de Motolinía, la conquista terminó definitivamente hacia 1538, cuando se celebraron unas fiestas que se acompañaron de varias representaciones teatrales y de unos banquetes dispuestos, uno, en el palacio de Hernán Cortés, y otro, en el del recién llegado virrey Antonio de Mendoza. Bernal Díaz se detuvo con una morosidad extrema en esos banquetes [*HVe*, págs. 843-6]. La detención resulta semejante a la producida en el mercado de Tlatelolco o, mejor, a la descripción de la comida de Moctezuma, donde se confiesa inhábil para detallar tanta diversidad y abundancia [*HVe*, págs. 260-3]; el estilo de Bernal Díaz se enfrenta, en los banquetes de Moctezuma y en los de Cortés, a un reto narrativo arriesgado que trata de salvar con una exagerada polisíndeton. Este momento resulta de una importancia extraor-

⁵¹ Bernardo Ortiz de Montellano, *Medicina, salud y nutrición aztecas*, México, Siglo XXI, 1993, págs. 93 y 97.

⁵² *Crónica mexicana*, ed. cit., pág. 190.

dinaria: el detalle en el contenido de cada uno de los platos significa la finalización del hambre, de las penurias de la conquista. En cierto sentido, regresan los banquetes al territorio mexicano; ahora son los nuevos dueños de la tierra los que muestran su poder en esos banquetes, como antes eran los mercaderes y los nobles tenochcas quienes ostentaban su autoridad y quienes disponían de los mejores manjares y con copiosidad de las suculencias de la tierra. Los sabores y los gustos que se exhiben sobre los platos indican que el paladar ha cambiado, que los señores de la tierra son otros, pero el mismo banquete, en su apariencia más externa y en su significado social, resulta idéntico que en tiempos precortesianos, tal cual lo mostraba fray Bernardino de Sahagún. Los banquetes son signo de poder y de riqueza, tanto más que el oro y las joyas, escasamente descritos en las crónicas de México, como se apuntó.

La alimentación indica cómo se comportan los pueblos, cómo se desarrolla la conquista, cómo es el estado de cosas en lo social, lo político y lo religioso en el antiguo México y cuál ha de ser el futuro que se está construyendo en el virreinato mestizo, después de las plagas bíblicas o la venganza de los dioses autóctonos. La imagen que permanece en las crónicas es la de un territorio desolado por el hambre en el que puede emprenderse una predicación de caracteres evangélicos, como se observa en la obra de los frailes seráficos o en las mismas *Cartas de relación* de Cortés [CRe, pág. 518]. Por otra parte, después de los años de peregrinación y especulación estratégica con la alimentación, la Nueva España se inicia con las «Ordenanzas de buen gobierno dadas por Hernán Cortés para los vecinos y moradores de la Nueva España», de 1524, donde no sólo se emprendió el “mestizaje” de la agricultura en suelo americano, sino que parecía intentarse un aprovechamiento más positivo de la tierra que no provocara los estragos periódicos del pasado⁵³. También desde España se decía atender al cuidado alimenticio de los indígenas, pues afectaba a su correcta conversión. Así, Carlos V envió a Cortés unas «Instrucciones sobre el tratamiento de los indios» donde recordaba la costumbre nativa de devorar a los enemigos cautivos en las batallas y le instaba a erradicar esa costumbre pagana, para lo cual habría de facilitar el sustento de carne animal: “...y cuán grande abominación es comer carne humana, que para que tengan carnes que comer y de que sustentar, demás de los ganados que se ha llevado a la dicha tierra, mandaremos contino llevar, porque multipliquen y ellos excusen la dicha abominación...”⁵⁴

Con ello, se cumplía la creída misión heroica de España, de su emperador y de su capitán. Cortés citó sus propias «Ordenanzas» en su cuarta *carta*, donde se evidenciaba el cumplimiento del tercer carácter del héroe, pues, al guerrero victorioso, y al evangelizador, tal como se mostraba en sus *cartas* públicas, añadía la de productor, la de preocupado por dotar al nuevo espacio de una infraestructura agrícola [CRe, págs. 522-3] que sirviera de mejora con respecto al pasado⁵⁵. Cortés se convertía así en el héroe triádico, total, y a su tierra, después de las calamidades de la guerra, del hambre y otras plagas que regis-

53 *Documentos cortesianos*, I, ed. cit., págs. 278-279.

54 *Documentos cortesianos*, I, ed. cit., pág. 266.

55 Conforme a Georges Dumézil, en su *Mito y epopeya I: la ideología de las tres funciones en las epopeyas de los pueblos indoeuropeos*, Barcelona, Seix Barral, 1977, pág. 14. También su *Mito y epopeya III. Historias romanas*, México, FCE, 1996, pág. 347.

tró Motolinía⁵⁶, regresaron los banquetes y el carnaval, cuando Tlaxcala se convirtió en el Paraíso y después en Jerusalén; el virrey Mendoza, en el conde Pimentel; y Hernán Cortés, en el Sultán que defiende la ciudad santa. Pero ésta es otra historia: la de los primeros teatros y actores novohispanos.

⁵⁶ Guerras, hambre y plagas son las tres calamidades que azotaron a la tierra mexicana, según Motolinía y otros, como reflejo de la vaciedad de los poderes de la tríada indoeuropea, que también se encuentra en la *Biblia*, libro a través del cual Motolinía observa los acontecimientos de Indias. Esas tres adversidades se convierten en otra demostración más de la estructura mítica con que se dota a los textos cronísticos. Dumézil ha advertido el sometimiento también de los textos bíblicos a las fórmulas trifuncionales, en *Mito y epopeya III*, ed. cit., pág. 364.